



CAMPOS Y PLAYAS

LA DESBANDADA

—¿Se va usted en el rápido mañana? —Mucho decir es!... —¿Hay temores de una segunda revolución más o menos huelguista?... —¿Lo que hay es que San Sebastián se queda vacío de forasteros y que los trenes salen abarrotados de gente! Como no madrugue usted mucho!... —Y madrugamos, ¡qué remedio! Dos horas antes de llegar al tren había «cola» junto a la hermética ventanilla. Era una «cola» pintoresca, de bostezantes y afortunados. Las «reinas» de la playa y los «tenorios» del bulevar, escalofriados, amodorrados y desabridamente ceñudos, habían perdido por completo el mundo hecho y la desenvuelta y bien estudiada gallardía... Damas y galanes veraneantes, «andays» y ligulinas del Gran Casino, resultaban, formando «cola» para tomar el ansiado billete, unos palaciegos excursionistas de romería, mozos de trenes por un palizón de siete leguas. ¡Son tan crueles para el adobo y el acicalado estas horas tempranas a toda luz y en pleno desperdicio!... Entre el ir y venir de los mozos con los equipajes se escuchan algunas feminas lamentaciones y algunas tímidas protestas con ecos de ronquidos... —¡¿Olvídala falta hora y media! ¡Es horrible!... —Y si luego resulta que no hay «plazas»!... —¡No lo digas, por Dios!... ¡Qué espantoso!... —¡«Esto» lo debían de poner de otra manera!... —Y sobre todo... ¿a otra hora!... —¡Levantada a las seis y media! ¡Calcula!... —Y yo a las siete menos cuarto!... —¡Así estoy yo!... —Y yo!... —¡Enrique!... ¿No han abierto aún la ventanilla? —¡Ni pensar!... —¡Anda, no te separes de la fila; no sea que te vayan a quitar el sitio!... —¿Y los niños, que no los veo? —¡Están aquí, en ese banco; junto a las maletas!... —¡Ten cuidado que no se duerman!... —¡Oiga, mozo! ¿Pero qué día me de hora abren la ventanilla de los billetes? —¡Fíjate, fíjate, no puedo decirte!... Seguramente... —¡Según!... ¡Y los viajeros muertos de sueño, esperando aquí a pie firme!... ¡Estas cosas no pasan más que en España!... —¡Oh, tiene usted razón!... ¡Qué servicios!... —¡Le digo a usted!... —¡Amalia, mujer, que se te tuerce el sombrero!... —¡Sí, hijo, se me torcerá de... aburrimento! ¡Ay, qué dichosos viajes!... ¡Y qué horarios escoge la Compañía!... —¡Caballero!... ¡Aquí están los billetes! ¿Puedo facturar? —¡Ca, hombre!... ¡Si todavía no me han dado los billetes!... —¡Hay tiempo; no se sobresalte!... —Y «plazas» habrá? —¡Eso sí que puede que no las haya! —¡Pues nos ha partido usted por el eje con lo de que no me sobresalte!... —¡Enrique!... ¡Ya han abierto! —¡Paco!... ¡Que ya han abierto!... —¡Ya!... —¡Ya lo sé!... —¡Gracias a Dios!... —¡Ay, ya era hora!... —¡Yo estoy muerta!... —¡Deshecha!... —¡Al andén!... —¡Vámonos!... —¡Emilia, Catalina, Dolores!... ¡Vamos con papá al andén!... —Pero ¿qué haces con esas criaturas? —¡Despertaros, hijo! ¡Estaban como troncos!... —¡Por vida de los niños!... —El «rápido» sale de una curva y entra bajo la marquesina de la estación, empinando al máximo de humo y en estruendosa marcha. —¡Aquí, Lofín!... —¡Hay sitio? —¡Sí!... ¡Sube a escape!... —Ven, «échame» las maletas y las criaturas... —En ese departamento no hay más que dos asientos libres!... —Y aquel tamponco!... —Pues íbamos aunque sea en... los topes!... —¡Adiós! ¡Otro beso!... —¡Muchos recuerdos a Mercedes y a Juan!... —¡Le dije que «aquello» a Carmen?... —¡Oye, qué gracia tuviste!... —¡No me lo recuerdes, porque fué tremendo! ¡A tu madre, un abrazo! ¡Y a Mimi!... —¡Gracias!... ¡Ya me dirás en qué quedó «lo» del «Lohengrin» de Ulía y del Casino!... —¡Figúrate por! ¡Me parece que vais a tener calor por allá!... —En Madrid, ya sabes que hasta Octubre... —¡Ya dan la salida! ¡Otro beso!... —¡Adiós!... —¡Adiós!... —Hasta el 15!... —¡Adiós!... El tren hace una arrancada fuerte. El coro de despedidas se deja ir unos segundos, abogada por el «pap-pap-pap» de la locomotora en velado suspiro de arranque. Con un íntimo y velado suspiro de satisfacción los viajeros se dejan caer en las butacas. El rápido, ya fuera de agujas, corre vía adelante adornándose con y acunándose con el «tararán-tararán-tararán!... isócrono é inabarcable de su carrera loca... En mi departamento, un matrimonio francés refugia el tedio de un largo viaje con la lectura de novelas. Ni se hablan, ni se miran. El calvo, bermejo de rostro y panzón, hunde las narices entre las hojas de un libro de «Paul Marguerite». Ella, teñida de rubio, con los cabellos recogidos «á la argentina», esbelta, cimbreante y alambargada de formas, lee, con los ojos de par en par, otra novela de «Marcelo Prevost». Un caballero enlutado, de pelo gris y rostro de Quijote, sobriamente elegante y vagamente triste, mira tozudo al cielo, que parece de plomo, con una pierna cruzada sobre la otra y un cigarrillo egipcio entre los labios... Es una pausa larga, un silencio entonado dentro de la más exquisita corrección. Aquel silencio lo rompe un infantil griterío. —¡Aquí, papá!... ¡Aquí tenemos dos asientos! —¡Ven, mamá!... —¡Oye, papá, mira, aquí!... ¡Ven! —¡Ya voy!... ¡Recontra!... ¡A ver si os creéis que tu madre y yo tenemos un departamento en cada pialerna!... En el departamento irrumpen dos «chiquillas», de nueve ó diez años, y una pareja corpulenta, locaz y campechana,

Declaraciones de Cecil sobre la Nota de Wilson

Se quiere constituir una Liga comercial contra Alemania

Los alemanes conquistan un puesto avanzado inglés

Violencia de artillería en Cerny

Reunión de delegados siberianos en Tobolsk

El Gobierno quiso impedir la apertura de la Dieta finlandesa

Reunión de delegados siberianos en Tobolsk

El Gobierno quiso impedir la apertura de la Dieta finlandesa

AMERICA EN LA GUERRA ARGENTINA Y LA GUERRA DE ITALIA CONSECUENCIA DE UN CHOQUE Se hundió el trasatlántico «Natal» LAS LISTAS NEGRAS Se excusó un circo y se incluyeron 19 casas españolas



